

Amor, matrimonio, revolución

José María Ripalda

Umbral de Época. De Ilustración, románticas e idealistas

Madrid: Siglo XXI, 2021

El breve y reciente libro de José María Ripalda, conocido y reconocido profesor de filosofía especializado en Hegel, se centra en “una década prodigiosa”, la que se desarrolla entre 1795 y 1805. Es el momento por excelencia de la “Modernidad”. En esa década se alza “como una erupción fascinante” el idealismo especulativo entre el Fichte de *la Doctrina de la Ciencia* y el Hegel de *la Fenomenología del Espíritu*.

Ripalda persiste en la exploración de esa región a la que un buen día decidió consagrar toda una vida intelectual, esto es al idealismo alemán y particularmente a Hegel. Su gusto por la montaña le lleva a comparar la complejidad de la “Región Hegel” con la geografía abrupta de la Sierra del Segura, con sus escarpados valles, elevados calares e intrincados lapiaces de cuyas entrañas calizas emerge el río Segura. En este libro, tal y como ya habría hecho en *La Nación Dividida* (1978), *El Fin del Clasicismo* (1992) y *Los Límites de la Dialéctica* (2005), continúa con su innovación metodológica de considerar la historia de la filosofía como parte real de la historia.

En este libro, Ripalda muestra con magisterio el retrato histórico de “la explosión” que resulta de la coincidencia de dos “realidades inflamables”, esto es, la Revolución francesa y la Filosofía, y sus efectos en el interior de “un reducido grupo de jóvenes burgueses” del idealismo alemán. Estos jóvenes burgueses y sus trayectorias vitales son los protagonistas de este intenso libro, entre los cuales, por supuesto están Hegel, Schelling, Goethe, etc., pero sobre todo un grupo amplio de mujeres literatas románticas e idealistas. A través de estos jóvenes mostrará las consecuencias de esta “grandiosa conflagración”, la cual “afecta a la

institución de la disciplina moral y la seguridad vital, la religión, y específicamente a su acomodación política bajo el *cuius regio eius religio*¹ (que para el judaísmo significó la apostasía en masa de su clase media); afecta a la institución reproductiva del matrimonio y a los mismos hábitos sociales, no sólo a la política” (p. 14).

Considero obligado resaltar en esta reseña la forma de escritura que adopta Ripalda para mostrarnos la intensidad de esa década prodigiosa, ese umbral de época, y la reacción post-napoleónica que vino a continuación. Que el lector sienta lo vibrante de aquel tiempo es precisamente gracias a un estilo narrativo ágil, rápido, como a base de fogonazos. En poco más de 120 páginas se condensa el recorrido por el sentido divino que dieron a sus vidas los hombres y mujeres del idealismo alemán a la búsqueda de la libertad.

El libro se inicia con un capítulo en el que se refiere la sucesión de sacudidas sociales, políticas y culturales que conforman la década prodigiosa (1795-1805), “es como si se hubieran condensado ciertas consecuencias” de la rebelión holandesa del XVI, las revoluciones inglesas del siglo XVII y la Rebelión de las Trece Colonias en América (p. 17). Es un umbral de época, pues “la sociedad sigue siendo aristocrática: pero esta hegemonía se encuentra como de repente con que no es tan compacta como se presenta en su mundo ceremonial” (p. 14), “el mundo tradicional se mantiene; pero su consistencia desmaya ante la nueva “alma del mundo”, como llamará Hegel a Napoleón, cuando le vea pasar por las calles conquistadas de Jena” (pp. 19-20). Shakespeare y el *Götz* de Goethe lanzan un ataque directo contra el teatro cortesano, y un año después del *Götz*, el *Werther* (1774) de Goethe anuncia una nueva era: “Se cernía en el aire algo así como la promesa de un mundo más razonable, sin más guerras ni disputas religiosas, las hambrunas se alejaban de la Europa central con el progreso tecnológico de la agricultura” (p. 18).

¹Su posible traducción al castellano podría ser: «según sea la del rey, así será la religión [del reino]»; o más literalmente: «de quien rija, la religión» o «a tal rey, tal religión» o «de quien [es] la región, de él [es] la religión». Su importancia histórica reside en la Reforma Protestante. La Paz de Augsburgo, firmada en 1555 entre el emperador Carlos V y la Liga de Esmalcalda, impone esta solución para los territorios alemanes, como compromiso entre católicos y protestantes. Es, en definitiva, una fórmula que plantea que la confesión religiosa del príncipe se aplica a todos los ciudadanos del territorio.

Será el mismo Goethe quien llame a la Universidad de Weimar a Fichte y posteriormente a Schelling, y éste último a Hegel en 1801: “lo que así está haciendo posible Goethe es el Idealismo alemán como fiel correspondencia a la literatura, el arte, la política de un momento inestable, pero grandioso y aún grabado en la conciencia europea” (p. 30). Se ha forjado así un momento intelectualmente determinante en el que Hegel rompe con el clasicismo –“solo el concepto podrá dar según Hegel una solución a la modernidad” (p. 32), el Romanticismo entra en crisis pero sigue proyectando su sombra -el gran pintor del Romanticismo, Caspar David Friedrich, se sume en la depresión y la tentación de suicidio, y en su obra *Abadía en el Robledo* (1810), que Ripalda reproduce a modo de ilustración, reflejará que la libertad infinita es también soledad, muerte y ruina oscura-; y finalmente, Hegel saldrá cuentas con el Romanticismo con la edición de la *Fenomenología del Espíritu* (1807).

Ripalda dedica varios capítulos a la “crisis invisible”, esto es, la crisis del matrimonio tradicional como expresión de los cataclismos sociales y políticos que se están viviendo con el cambio de época. La escritura de Ripalda se prodiga en pinceladas para mostrar el cambio histórico que está promoviendo el feminismo (Olympe de Gouges, Mary Wollstonecraft) y las mujeres socialistas (el movimiento de las Vesubianas en la Revolución de 1848, la Union des femmes en la Comuna de 1871).

La crisis invisible: Lessing estrena *Emilia Galotti* (1772) y exalta la institución del matrimonio frente a “la cuasi-institución aristocrática de las amantes y a la falta de escrúpulos ante los medios más viles para renovarlas” (pp. 49-50). Karl Wilhelm Jerusalem, amigo de Lessing, se suicida ante un ejemplar de la obra y evidencia el drama ilustrado de los que no pueden vivir con la persona amada por las prerrogativas de la institución sagrada del matrimonio. El suicidio Jerusalem inspirará *Los sufrimientos del joven Werther* (1774), en la cual Goethe retratará los avatares y sufrimientos de una generación entera, “una burguesía alemana joven, más bien pudiente y literata” (p. 57). Treinta años después de este suicidio, la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel marca la “gran fractura” que se abrirá en el XIX.

Sobre ese fondo de cambio de época, Ripalda recoge las vivencias de una serie de mujeres que van a propiciar la crisis del matrimonio tradicional. Mujeres como Caroline Schlegel, quien tras enviudar ya no piensa en casarse y se irá en busca de la Casa de los Foster, a compartir aspiraciones con Therese Heyne. La casa también es visitada por otra mujer, Meta Forkel. Es un ambiente burgués

jacobino, que admira la obra de Thomas Paine y William Godwin (Meta Forkel es la traductora de ambos autores).

Ripalda también nos cuenta las vidas de otras mujeres como Henriette Herz, Dorothea Veit, Johanna Schopenhauer (la madre de Artur, el filósofo, y Adele), Rahel Levin, entre otras. Presenta, en definitiva, a una reducida clase literata y urbana en la que hay mujeres que empiezan a escribir e incluso a tener obra propia. Estas mujeres importarán de Francia la institución del salón. Si, como nos mostró Roger Chartier (2009), el salón en la Francia del siglo XVIII fue un espacio de sociabilidad pública regentado fundamentalmente por mujeres, análogo papel van a jugar en la sociedad alemana de este “umbral de época”, pues serán también mujeres cultas las que los promoverán en las ciudades donde bullía una intensa vida cultural como Berlín Weimar o Jena: “con la aparición de los salones, fueron las mujeres quienes tomaron las riendas de estos establecimientos de tal manera que, entre 1780 y 1806, la ciudad de Berlín cobró vida debido a Henriette Herz, Dorothea Veil (hija de Moses Mendelssohn), Rahel Levin, Sara Levy, entre otras. La mayoría eran mujeres judías, cultas y sofisticadas que se atrevieron a romper los marcos de la tradición del ghetto, teniendo el deseo de emanciparse y de romper con las limitaciones de su propia religión o clase social y, a la vez, construir una fuerza cultural alrededor de una comunidad de amor y amistad. Estaban unidas bajo el mismo objetivo: hacer algo por ellas mismas y salir de la vieja mentalidad de que las mujeres deberían estar dedicadas a la casa y a la familia, y los hombres, dedicados a la vida social” (Dobre, C. E., 2019). Seguramente no será descabellado añadir que esta tradición de salones como espacio de sociabilidad de mujeres cultas es la que Marianne Weber continuará en las primeras décadas del siglo XX, una tertulia en la casa de los Weber en Heidelberg por la cual transitará la intelectualidad sociológica y científica de la época (para un retrato biográfico de Marianne Weber y los tres momentos históricos de su salón, véase Roth, 1995).

Pero, sobre todo, estas mujeres cuestionarán el matrimonio tradicional, “sus razones de conveniencia y sustento determinadas desde un patrimonio familiar”, planteando la vivencia del amor como razón superior. Ellas, pero también ellos, conforman “la comuna romántica”, la apuesta por vivir de otra manera. En 1799, Friedrich Schlegel publicó *Lucinda*, en la que “se encuentra la profesión más radical y directa del matrimonio por amor frente al matrimonio convencional” (p. 73). También es el momento del lesbianismo culto: “Sibylle y Adele Schopenhauer vivirán juntas en una relación apasionada y no siempre fácil, pues Sibylle es magnética en ese círculo confidencial de mujeres artistas e intelectuales que no presumen de homoerotismo, pero tampoco lo ocultan” (p.

94). Caroline representa para todos ellos “la utopía lograda de la unión entre arte y vida”. En páginas prodigiosas, Ripalda nos ofrece las trágicas correrías de Caroline y su hija Augusta. Su matrimonio con Schelling, a sus 40 años, será el primero por amor. Morirá apenas siete años después. Ripalda concluirá el capítulo con unas líneas intensas: “No es en una vida eterna donde Caroline sigue viva, sino en el aquí y ahora que ambos, Caroline y Schelling, compartirían singularmente como el Absoluto, el mismo Absoluto que provoca el encarnizamiento de Hegel por fijar filosóficamente esa experiencia, esa emoción” (p. 85).

Sobre ese mundo de posibilidades que emergió en la década prodigiosa, Ripalda se esfuerza en que el lector comprenda lo que tuvo de cierre epocal la derrota del Imperio Napoleónico y el advenimiento del nacionalismo alemán y el “antisemitismo sistemático” que vino con la “reacción post-napoleónica”. “La Región Hegel” será la gran derrotada. Hegel no es el intelectual orgánico del Estado prusiano como lo ha presentado cierta historia de la filosofía, es más bien alguien que tras elevar la libertad a sentido divino y la Revolución vive el momento aterrador de los saqueos de Jena y Weimar: “Nadie ha imaginado la guerra tal y como nosotros la hemos vivido” escribirá en una carta a un amigo (p. 97). Es el veredicto de final de una época marcada por el cataclismo del Imperio Napoleónico: “el triunfador póstumo de la década prodigiosa es el romanticismo. Ciertamente, un francés podrá decir que la Fenomenología del Espíritu -el Hegel preferido y “malinterpretado” en Francia- significa algo así como la clôtura del Romanticismo; pero, de hecho, a partir de entonces, el Romanticismo se va imponiendo a la par con el cientismo hasta nuestros días como un borbotar desde el fondo impuesto por nuevas realidades. La filosofía no dirige el azar, sino que más bien lo sigue. El Estado “racional” napoleónico era saqueador y negaba lo irreductible a normatividad general; el romanticismo político proyecta esa generalidad en la particularidad de su nacionalismo restaurador [...] Europa entera es sacudida por movimientos nacionales [...]” (pp. 35-36).

Dentro del amplio paisaje histórico condensado por el autor como a base de pinceladas aparece un suculento comentario sobre la sociología: “La Sociología surge como intento fallido de cerrar bajo referencia neokantiana la diacronía entre una nueva poderosa objetividad y una subjetividad presa de instituciones sociales, jurídicas y religiosas del pasado” (p. 46). Esta subjetividad dominada es la insatisfacción de las mujeres. Por supuesto, a quien Ripalda ha citado de inmediato como argumento para su afirmación es a George Simmel.

Efectivamente, en el sociólogo alemán se encuentra una lectura propensa a identificar la dominación masculina sobre las mujeres. Para Simmel las categorías objetivas son las necesidades artísticas y patrióticas, la moralidad y las ideas sociales, el conocimiento teórico y el juicio práctico, la fuerza y la profundidad de la vida. Todas estas categorías objetivas son, en términos generales, humanas, pero históricamente se las han apropiado los varones, hasta el punto que lo objetivo se identifica con lo masculino. Y así dirá Simmel: la posición de fuerza que el varón ocupa ha hecho posible esta identificación entre lo objetivo y universal con el universo masculino. Excluyendo así a las mujeres.

Pero, al mismo tiempo, Simmel consideró que las mujeres pertenecían por su naturaleza y cultura a lo subjetivo, y por tanto no podían acceder a lo objetivo, legitimando mediante esta lectura naturalista de la división social por género, el papel subalterno socialmente de las mujeres. Por ello se ganó las críticas de Marianne Weber, quién valorando la ontología progresista respecto a la subcultura femenina que pretendía Simmel, sin embargo, le objetó que ese intento no era más que otra discriminación contra las mujeres y siguió insistiendo en la contribución de las mujeres a la cultura objetiva. Su propia mujer, Gertrud Simmel, otra teórica del feminismo, no tuvo reparos en expresar su disconformidad con lo que escribía Simmel. No obstante, tiene razón Ripalda en situar a Simmel como el sociólogo que mayor sensibilidad mostró a la cuestión de la mujer y el único que desarrolló una hipótesis teórica para explicar la insatisfacción femenina.

Además de la mención -más bien breve- a Simmel, también pasan por las páginas del libro objeto de esta reseña, Marx, Engels y Bakunin, a quienes se dedica prácticamente la totalidad de un capítulo. Marx y Jenny, un matrimonio por amor. Engels y su gran amor Mary Burns, una obrera irlandesa con la que no llegará a casarse: “para él el término “clase obrera” tendrá desde ahora un sentido personal, íntimo” (p. 112). Engels publica a partir de unos apuntes etnográficos de Marx su obra *El origen de la familia, de la propiedad privada y el Estado (1884)*, la cual tendrá una enorme influencia en la tradición del feminismo obrero o socialista: “se ha roto el elitismo del círculo de romántico de Jena y, más en general, el de la era Goethe. Entra en escena el proletariado” (p. 117).

En las páginas finales llega la hora de evaluar al proyecto burgués que emerge tras el abrupto final de la década prodigiosa: “La burguesía decimonónica que se proclamó heredera de la década prodigiosa no ha podido mantener aquella plenitud divina de Espíritu y Naturaleza, libertad y necesidad. Al contrario, ha dejado de proyectarla divinamente, comenzando por su misma pertenencia a la

Naturaleza y siguiendo por la comunidad del género humano. Su creación política, surgida poderosamente sobre las cenizas del Imperio napoleónico, el Estado nacional, es ya un relais plutocrático en recurrente cortocircuito. Siguen las luchas viejas y comienza de nuevo la pugna por la justicia” (p. 120-121).

Con estas palabras, que encontramos en la clausura de esta pequeña pero maravillosa obra, Ripalda se dirige al presente, a nuestro mundo, para terminar, preguntándose “¿habrá siquiera un hilo que nos una con el momento y lugar privilegiados en que explotaron juntos la Revolución francesa y la crisis de la religión tradicional?” (p. 123).

REFERENCIAS

- CHARTIER, R. (2009): “Prácticas de sociabilidad. Salones y espacio público en el siglo XVIII”, *Studia Historica: Historia Moderna*, 19(1). Recuperado a partir de https://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica/article/view/4794
- DOBRE, C. E. (2019): “El salón, un oasis cultural para la emancipación femenina en el Romanticismo alemán”, en Naím Garnica (comp.): *La actualidad del primer romanticismo alemán. Modernidad, filosofía y literatura*, TeseoPress.
- ROTH, Guenther (1995): “Marianne Weber y su círculo”, estudio introductorio a Marianne Weber: *Biografía de Max Weber*, Fondo de Cultura Económica, México.

Andrés Pedreño Cánovas
Universidad de Murcia